



VISITA XIV

**Jesús con nosotros en todos los tiempos.—
Agradecimiento séptimo.**

Cuando dijiste á los Apóstoles aquellas regaladas palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo,» no sólo prometiste, Jesús mío, estar con todos los hombres, donde quiera que ellos morasen, multiplicando tu presencia en todos los lugares, pues de otro modo no podías estar con ellos, sino también extendiste tan gran beneficio á todos los tiempos al decir *hasta la consumación de este siglo*, y lo hiciste continuo al especializar *todos los días*. Y así ¡oh Amor mío sacramentado! aquí nos muestras la

constancia de tu amor que no se cansa, que jamás suspende la efusión de sus gracias, ni interrumpe un solo día la entera donación de sí mismo, que nos hace en este adorable misterio. Bien podrá el hombre, tan inconstante y tan voluble, dejar pasar muchos días sin venerar ni visitar á su Dios sacramentado; bien podrá olvidarle durante las noches al entregarse al sueño, sin saludar ni aun de lejos al Amigo celeste que pasa las noches en su prisión voluntaria; ¡qué digo! bien podrá olvidarle durante años enteros, y amar al mundo, y embriagarse en la copa de Babilonia, y declarar al Señor, su Dios, una guerra espantosa; empero tú, Jesús, aquí le esperas, y aquí cada día por él te ofreces, y aquí moras las noches y los días, y los meses y los años, suspirando por el dichoso día en que aquel pródigo, arrepentido, venga á sentarse en este celestial banquete. Y lo que pasa con el hombre, pasa

también con pueblos y naciones enteras. ¡Cuántos y cuántas te han abandonado, desechando la fe, persiguiendo las imágenes, derribando los templos y demoliendo los altares, cometiendo contra tu mismo Cuerpo sacramentado, horrendos atentados, que no se pueden ni aun pensar sin terror! ¡A qué clases de sacrilegas profanaciones no se arrojaron los herejes de los últimos siglos en contra de este Misterio, inventando nuevos géneros de injurias y deshonras para ultrajarle! Y en el día de hoy, ¡qué no han hecho las leyes de los hombres para servir el odio de los demonios contra la adorable Eucaristía! «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» le decías al futuro Apóstol de las naciones, que no te conocía, dándote por perseguido tú mismo en persona de tus siervos. ¿Y no pudieras preguntar lo mismo en nuestros días á las potestades del siglo, que á ti te despojan cuando despojan á tus minis-

tros, á ti te arrojan cuando arrojan á las vírgenes del claustro, y tu voz acallan, cuando hacen enmudecer á los bronces consagrados que á los fieles convocan para adorarte en los altares? ¡Ah, Señor mío! ¿Por qué siquiera en estas épocas nefastas no vuelas de la tierra, y te escondes entre los ángeles, de las sacrilegas persecuciones de los hombres? ¿Por qué siquiera, cuando la humanidad está como poseída de furor contra tu fe y contra tu culto, no te alejas de entre esos perversos corazones? ¿Por qué no practicas lo que aconsejabas á tus discípulos la vez que les decías: «Cuando os persiguiesen en esta ciudad, huid hacia otra.» (Math., X, 23.) Mas no, Señor; tú dijiste que estarías con nosotros todos los días, y por eso no nos dejas; prometiste estar en nuestra compañía hasta la consumación del siglo, y por eso, ni los atentados de los herejes que no creen, ni las ingraticudes de los fieles que creen,

ni las persecuciones de los poderes, que ni creen ni quieren que otros crean, nada es bastante á arrancarte de en medio de tus hijos; de suerte que de tu amor habla la esposa santa cuando dice: «Las muchas aguas no han podido extinguir la caridad, ni los ríos la anegarán.» (*Cant.*, VIII, 71) Pues ni las aguas de la ingratitud de los fieles, ni los ríos de las persecuciones de los impíos, nada ha podido entibiar el amor que te ha hecho prisionero en nuestros altares. Así, con los hombres estuviste en los siglos de los mártires, alentándolos á sellar, con su sangre, su fe; con ellos estuviste en los siglos de los heresiarcas, alumbrándolos para descubrir el error y combatirlo en los siglos de la ignorancia; con ellos estuviste manteniendo la verdad sobre la tierra, en nuestros siglos de rebelión y apostasía; con nosotros estás fortaleciéndonos, consolándonos, librándonos de todas las seducciones y man-

teniendo vivas nuestras esperanzas. ¡Bendito seas, amado Jesús mío, por tan inalterable constancia! ¡Bendito por tu fidelidad en cumplir tus promesas! ¡Bendito por tu caridad en no dejarnos nunca solos y huérfanos en este desierto! Haz, Señor, que nosotros seamos también constantes en visitarte, fieles en hacerte compañía, fuertes en no dejarnos vencer de las mil tentaciones y disipaciones que tienden cada día más á alejarnos de ti. ¡Que todo nuestro gozo sea el estar contigo, todo nuestro contento el verte, toda nuestra delicia el recibirte en nuestro pecho, y toda nuestra ocupación trabajar por tu gloria, á fin de continuar un día en el cielo, ante ti, descubierta, la adoración y las alabanzas que te tributamos en la tierra. Amén.





VISITA XV

Primer dardo de amor á Dios.

¡Dios mío, qué grande sois! ¡Qué poderoso, pero también qué benigno, qué misericordioso! ¡Qué amante de los hombres! ¿No me diréis, Señor, qué visteis en nosotros que así atrajo vuestras miradas y vuestro amor sobre tan viles criaturas? ¿Es acaso la semejanza tan grande que con Vos tenemos?... Pero ¡ah! nosotros la hemos destruído casi en su totalidad con las manchas de la culpa y las ruinosas quiebras del pecado. ¿Es acaso el ser vuestra hechura y la obra más preciosa de vuestras manos? Mas nosotros hemos degenerado de nuestros

altos destinos, y hemos envilecido nuestro ser, bajando con la ignominia de nuestros apetitos al nivel de los brutos. Pues ¿por qué nos amáis, Dios mío? ¿Por qué nos amáis tanto, con un amor tan desinteresado, con un amor tan generoso, y tan vivo, y tan eficaz, que es comparable al fuego en su actividad y en su calor? ¿Y cómo nosotros no os amamos? ¿Cómo no os damos todo este corazón, ya que es tan pequeño? ¿Cómo no os amamos con todas nuestras fuerzas ya, que son tan débiles? ¿Cómo no os servimos toda nuestra vida, ya que es tan corta y tan miserable? ¿Cómo no aprendemos á amaros, de ese vuestro Corazón que es todo amor; de ese Corazón que es todo fuego; de ese vuestro Corazón, que es un foco abrasador, del cual se desprenden y al cual concurren al mismo tiempo todos los rayos de fuego sagrado que vivifican y encienden á todo el universo? ¡Ah Señor! ¡Quién me diera abrasarme en este amor!

¡Quién me concediera el quemarme en ese fuego! ¡Quién me pusiera en medio de ese foco para vivificarme, y para encenderme en los rayos de una caridad ardiente é inextinguible! Porque yo os amo, Jesús mío, porque yo os adoro, porque yo me siento morir de amor por Vos; por esto quiero amaros más y más, por eso quiero adoraros aún más profundamente; por eso quiero vivir sólo para Vos; pensar siempre sólo en Vos, hablar con Vos y para Vos. ¡Oh y qué poco os amo todavía, vida de mi vida! ¡Oh y cómo no os amo con ese amor puro y ardiente, con ese amor generoso y eficaz con que quisiera amaros; con ese amor que quema, que incendia, que abrasa y que consume como el fuego; con ese amor que parece locura, pero locura preciosa y envidiable, cual era la de los santos, que no vivían sino para amaros con toda la exaltación de un espíritu que os busca y al fin consigue encontraros!

¡Amar á Dios! ¿Hay acaso cosa más santa y más sublime, más suave y agradable, más provechosa y obligatoria? ¡Amar á Dios! He aquí ¡oh alma mía! todo el fin de nuestro ser; todo el norte de nuestra vida, todo el objeto de nuestras solicitudes, todo el blanco de nuestros deseos, todo el centro de nuestras aspiraciones. ¡Amar á Dios! He aquí la alegría de nuestro corazón, la quietud de nuestro espíritu, la felicidad de nuestra alma, y la dicha suprema de toda criatura.

¿No es así, Dios mío? ¿No soy el alma más feliz de la tierra cuando os estoy amando? ¿No siento una suavidad y una dulzura inefables cuando tengo la dicha de hablar con Vos, y de presentaros los pobres sentimientos de mi ruin corazón? ¿No soy verdaderamente superior á todos los Reyes y grandes de la tierra, cuando confundido entre la muchedumbre de los que os aman y os adoran, bajo la

augusta sombra del santuario, os tributo los rendidos homenajes de mi fe, de mi respeto, de mi adoración y de mi amor? ¡Oh Jesús mío y Dios mío! ¡Cómo no me es dado extender mi voz por todo el universo, y predicar á todos los hombres las dulzuras infinitas de nuestro amor! ¡Cómo no me es posible daros á conocer á todas las inteligencias, y hacer que os sientan todos los corazones, para llenarlos á un mismo tiempo de luz y de calor, de una claridad que alumbre celestialmente su espíritu, y de un fuego que consuma dulcemente su alma en las llamas sagradas de vuestro amor!

Almas del mundo, vosotras que vivís olvidadas enteramente de Dios, vosotras que ignoráis, por vuestra ceguedad, cuánto os ama, venid; venid al Sacramento de su amor, y vuestras tinieblas se desharán á la presencia de ese sol que alumbra al mismo tiempo que calienta; venid y veréis

cuán bueno es, cuán bondadoso, cuán grande y lleno de poder, cuán sabio y colmado de santidad. Venid; yo os contaré lo que ha hecho conmigo; yo os referiré las ingratitudes de mi vida, juntamente con sus misericordias; yo os haré conocer, aunque me cubra de vergüenza, la larga serie de mis maldades, junta con la cadena de sus bondades; y al contemplar por una parte tanta bondad y tanto amor; tanta paciencia y disimulo; tanta liberalidad y misericordia; y por otra tanta malicia y desvío, tanta constancia en ofenderle, y tanta negligencia y repugnancia en su servicio; al mirar á un tiempo mismo la vileza del hombre y la grandeza de Dios, no podréis menos de caer á sus plantas mudas de asombro, pero llenas de confianza y deseosas sumamente de su amor.

Pero, Jesús mío, amado de mi alma, ¿Cómo quiero encender al mundo en vuestro amor antes de consumirme yo

mismo en sus ardientes llamas? ¿Cómo quiero hacer á los corazones generosos, fieles y agradecidos, si soy aún tan miserable y tan ingrato? ¡Ah, Señor! compadecéos de mí, dadme una mirada desde el fondo de vuestro tabernáculo, como aquella que dísteis al Príncipe de los Apóstoles; una mirada que á un tiempo mismo me purifique y me encienda, que cause mi perfecta conversión, y me inflame ardentemente en vuestro amor; nada más quiero; ninguna otra cosa pido. Sólo vuestro amor llena completamente los deseos y las necesidades de mi pobre corazón: dadme solamente vuestro amor con vuestra gracia, y soy bastante rico; ni os pediré jamás otra cosa, os diré con uno de vuestros siervos.

Haced que me una con Vos, que sólo piense en Vos, y que sólo viva en Vos y para Vos; haced que supla mi fervor y mi afecto en este tiempo, todo lo que ha faltado á mi flaqueza

en las otras épocas de mi vida; haced que me consuma vuestro amor, y que tenga yo la dicha de inflamarme en vuestros divinos ardores que sólo encuentran su consumación en el reino inmortal de los cielos. Amén.





VISITA XVI

Segundo dardo de amor á Dios.

Dios mío, Señor mío, cada día ardo más en deseos de amaros; cada día se aumentan mis ansias y se inflama más mi amor. ¿Y, no sois, en efecto, digno de ser cada vez más amado y más conocido, y cuanto más conocido, tanto más amado de las criaturas? ¡Jesús mío, Jesús mío! ¡Quién tuviera los ardores de las almas santas! ¡Quién fuera tan dichoso que no pensara más que en Vos, que nunca hablara sino de Vos ó para Vos, y que nunca hiciera ninguna acción sino en Vos y por Vos! Yo os amo, Dios mío; yo os amo, Señor mío; yo os amo, querido de mi alma y deseado

de mi corazón; yo os amo con el amor de todas las criaturas; con el amor de los ángeles y de los serafines, con el amor de los santos Apóstoles y el de los mártires; con el amor de los confesores y de las vírgenes; con el amor que ha habido siempre para con Vos en la Iglesia, y se ha continuado siempre en el corazón de muchos de sus hijos.

Quando considero, Señor mío, cuán poco conocido sois de los hombres; cuando tiendo una mirada sobre el mundo y le veo ocupado sólo en ofenderos, empleado en mil indignas frivolidades y olvidado del Dios santo y providente que rige nuestros destinos; cuando miro el reino del demonio extendido por todo el universo, y al pecado manchándolo todo con su inmundo contacto; cuando contemplo la parte que yo, miserable, he tenido en la locura del mundo y en el reino del pecado, me espanto y me confundo, Dios mío, me lleno de tur-

bación y de tristeza, deploro nuestra miseria. Pues qué, ¿no sois Vos digno de ocupar todos los cortos instantes de nuestra vida? ¿No sois digno de poseer todo el amor de nuestro pobre corazón? Qué, ¿no deberíamos estaros siempre amando, estar siempre pensando en Vos, estar siempre inflamados en el fuego que consume el corazón de los bienaventurados, consumiéndonos de amor por Vos? Pues qué, Señor y Dios mío: ¿no encontraríamos en vuestro amor toda nuestra dicha, toda nuestra alegría, nuestra paz y nuestra felicidad? ¡Jesús mío, Jesús mío! ¡Qué pobre y qué miserable es el hombre que no os ama! El abusa de vuestros dones, pervierte vuestros mismos beneficios, comete la más monstruosa de las ingratitudes, y entregando su corazón á las criaturas, siempre amante de la vanidad y en busca de la mentira, abandona la fuente viva de la felicidad, y engaña su sed en las aguas

cenagosas de las rotas cisternas del mundo.

Pero, Dios mío, si el mundo os desprecia, yo os adoro prosternado en el polvo; si el mundo se olvida de Vos, yo quiero teneros eternamente en mi memoria; si el mundo sólo vive para ofenderos con las más espantosas transgresiones de vuestra ley querida, yo sólo quiero vivir para amaros, para abrasarme y para consumirme del todo en las llamas de un amor inextinguible.

Dios de mi vida, y vida de mi alma: yo quisiera tener tantos corazones cuantos son los mundanos que os desprecian, y amaros tanto con todos ellos, que compensara de alguna manera las ingratitudes del mundo; yo quisiera dar mi vida en el martirio tantas veces cuantas os he ofendido yo mismo, para que la efusión de mi sangre fuese el sello de mi arrepentimiento, y la pérdida voluntaria de mi vida, la prenda de vuestro perdón

y de vuestra misericordia; yo quisiera ser del número de aquellas almas que son como unos vivos altares donde arde siempre en vuestro honor un fuego sagrado; ese fuego que nada apaga, que siempre arde, que siempre se acrecienta, y que encuentra en la posesión completa de la patria su feliz consumación.

Yo os amo, Dios mío; os amo, querido de mi alma y amado de mi corazón: ¿y qué sería de mí si no os amara? ¡Ah, Jesús mío! Me espanto á la vista de esta terrible suposición. Si yo no os amara, sería el alma más desgraciada; no hallando consuelo ni placer en las criaturas, cuya vanidad he conocido ya, entregado al desorden de mis propias pasiones y á la perversidad del que no obedece á su Dios, ¿cuál sería mi suerte? ¿Cómo podría sufrir una vida sin amor? ¿Y cómo viviría lejos del Corazón de Jesucristo, único digno de poseer el mío con todas sus fibras y hasta su

último latido? ¡Oh! ¡No, mi Jesús divino! Mi vida sin vuestro amor, sería la anticipación del infierno, precursora de una eternidad sin Vos. Mi vida sin vuestro amor sería como la flor sin el rocío que la vivifica, como el campo sin la lluvia que le fecundiza, como el prado sin el arroyo que le embellece, como el mundo sin el sol que lo ilumina y lo calienta. Mi vida sin vuestro amor, sería una vida sin fruto y sin vigor, una vida sin hermosura y sin actividad; sería más bien que vida, una muerte continua, compañera inseparable de una muerte eterna. Pero, Señor: ¿es verdad que nunca viviré así? ¿No es cierto que no me dejaréis incurrir en tal desgracia? Decídmelo, Salvador mío; decídmelo, queridísimo Jesús mío, porque si no me lo decís, yo me siento morir. Yo bien sé cuál es la inconstancia del corazón humano, y en particular la del mío; yo bien sé que la gracia puede perderse siempre,

pues que Vos, por medio de vuestra Iglesia, me lo habéis asegurado; pero, Dios mío, á pesar de eso yo espero en vuestra gracia omnipotente; yo aguardo de Vos lo que jamás me atrevería á prometerme de mí mismo, la perpetua posesión de vuestro amor; yo os pido como el más precioso de vuestros dones, el poder decir con tanta verdad como el Apóstol: ¿Quién podrá separarme del amor de mi Jesús? ¿Las tribulaciones y las penas, el hambre y la desnudez, la persecución y el martirio? ¡Oh! no; yo confío en mi Señor y mi Dios, que ni los trabajos de la vida ni las angustias de la muerte me separarán de mi Dios; antes al contrario, después de haberme unido á Jesucristo en la tierra, me llevarán á la posesión inmutable de su amor en las moradas de la gloria.



VISITA XVII

Tercer dardo de amor á Dios.

Dios mío, Jesús mío, yo muero de amor por vos. Vos sois mi Creador y Señor; Vos mi Padre y mi Amigo; Vos mi Esposo hermosísimo, escogido entre millares; Vos mi tesoro, mi dicha, mi gozo y mi suprema felicidad. ¿Por qué no os amaré yo como os amaban los Santos, Jesús mío? ¿Por qué no sentiré yo en mi pobre corazón ese fuego devorador, ese fuego inmenso que invade al mundo todo con sus celestiales ardores, y que tiende con su actividad á consumir y liquidar todos los corazones? ¿Qué fatales cadenas me atan aún contra la tierra y me impiden volar á buscar allá en el